

de todos; una *Mariamne* completamente modificada y algunas otras cosas que están aguardándoos. Mi salud no me consiente trasladarme á la Rivière; sin esta circunstancia seguramente me encontraría ahí con vos. Preparaos á escuchar mis sermones sobre la embajada de Viena; mas, á pesar de todo, cuanto más os vea mayor gozo experimentará mi corazón al vivir junto á un amigo como vos.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Cuantas pruebas de amistad veo en vuestra carta me regocijan; pero en modo alguno las razones que alegáis para impedir á nuestro amigo el logro de la fortuna más honrada á que puede aspirar un literato y un hombre de talento. Si hubiera yo tenido en cuenta mi placer escueto, habría pensado solamente en retener á Thiriot con nosotros; pero la amistad debe mostrar miras más altas, y yo entiendo que no basta sólo vivir con nuestros amigos, sino que precisa, además, cuanto de nosotros depende, el colocarlos en situación de vivir felices hasta sin nuestra presencia; sobre todo no debemos inducirlos á que incurran en ridiculeces. Es hacer á Thiriot un servicio pésimo el dejarle imaginar ni por un momento que haya deshonor para su persona en ser secretario del señor duque de Richelieu en su embajada. Mucho y por muy largo tiempo me contrariará el que haya rehusado la más excelente ocasión de hacer fortuna que pueda presentársele; pero no me molestaria menos el que una vanidad mal entendida y disparatada le hiciera perder cosas sólidas. Me congratula el que vuestras bondades para con él le resarcirán de lo que acaba de perder; pero es menester que pien-

se muy seriamente en que debe vivir la verdadera vida de un literato; que sólo le queda este recurso, y que sería muy poco digno de la afección y amistad de las gentes honradas si dejara escapar la fortuna para reducirse á ser un hombre inútil. Sobre este particular le escribo una larga carta que incluyo en vuestro paquete; así al menos no tendrá que echarme en cara que no le haya dicho la verdad.

Quisiera de todas veras encontrarme ahí en vuestra compañía; y menester es que me encuentre en situación miserabilísima para no salir á vuestro encuentro. Heme encomendado á Bosleduc, quien espero que me devuelva la salud que las aguas de Forges me quitaron. Aún tengo tarea para quince días. Si mi salud se fortifica por completo para esa fecha, allá iré sin falta; mas si es que estoy condenado á quedarme en Paris, ¿seriais tan cruel que prefeririais permanecer en diciembre en vuestra casa, anteponiendo así las nieves de Normandía á vuestro amigo Voltaire?

AL SEÑOR THIRIOT

Octubre de 1724.

Mi amistad, acaso menos prudente de lo que decis, pero más cariñosa de lo que imagináis, me obligó hace quince días á proponeros al señor duque de Richelieu como secretario de su embajada. Os envié al instante la noticia y me contestasteis con bastante sequedad que no erais apto para ser doméstico de un gran señor. Viendo esta respuesta, no volví á pensar ya en procuraros una posición tan vergonzosa, y sólo me preocupó el placer de veros en Paris el escaso tiempo que allí he

de permanecer este año. Al propio tiempo me eché á buscar por otro lado, con el fin de dar con un secretario para la embajada del señor duque; algunas personas se presentaron, entre otras el abate Desfontaines y el abate Mac-Carthy, que envidiaban este cargo; pero ninguno de los dos era apto para él por razones en que ellos mismos convinieron. El abate Desfontaines me presentó al señor Davou, su amigo, para este cargo, respondiéndome de su probidad, y el presentado me pareció hombre de talento. Yo le prometí el empleo de parte del señor duque de Richelieu, que me había dejado carta blanca, y dije al duque que desconfiabais mucho de vos y que no erais bastante competente en el conocimiento de los negocios para atreveros á aceptar el empleo. Entonces os escribí una carta bastante extensa, en la cual quería justificarme tocante á la proposición que habiais juzgado ridícula, y en la que os hacía ver, además, el provecho que menospreciabais; mas hoy me sorprende grandemente el recibir una carta vuestra en la cual aceptáis lo que habiais rehusado censurándome por haberme explicado desacertadamente. Quiero, por consiguiente, tratar de explicarme mejor dándoos cuenta exacta de las funciones inherentes al empleo que torpemente quería daros, de las esperanzas que con él podiais acariciar y de las gestiones que llevé á cabo después de mi última carta. En la embajada no hay secretario jefe. El señor embajador sólo dispone, para ayudarle en su ministerio, del abate Saint-Remi, que es un buey y con quien para nada cuenta; de un tal Guiri, que no es más que un lacayo, y de un tal Bussi, que es un muchacho. Un hombre de ingenio que fuera el cuarto secretario, dispondría seguramente de toda la confianza y de los secretos todos del embajador.

Si la persona que se desea quiere tener un sueldo, lo tendrá; si no lo quiere, tendrá algo mejor y gozará de mayor consideración; si es diestra y sensata, llegará fácilmente á gobernar los negocios por su propia iniciativa, hallándose junto á un embajador joven, aficionado á los placeres, desaplicado y á quien repugnará un trabajo metódico á las primeras de cambio. Á poco que el embajador haga un viaje á la corte de Francia, este secretario quedará seguramente encargado del despacho de los negocios: en una palabra, si es del agrado del embajador y si es hombre de valer, su fortuna está asegurada.

Pensando en la peor solución resultará que el secretario habrá hecho un viaje con el cual se habrá instruido y del cual volverá con dinero y consideración. Tal es el puesto que os destinaba, resistiéndome á creer tan insensato que rehusarais lo que constituye la ambición de tantos hombres y lo que yo aceptaría para mí con todo mi corazón.

La primera de vuestras cartas, en que vi vuestro propósito, me produjo verdadero duelo; la segunda, en que me decís que estáis presto á aceptar, me ha puesto en grande aprieto, pues ya había yo propuesto al señor Davou. Tal es el modo como procedí. He separado de vuestra carta dos páginas escritas con mucho ingenio, permitiéndome la libertad de lérselas esta mañana al señor duque de Richelieu, que vino á verme, y ha quedado encantado de vuestro estilo, el cual es sencillo y conciso, y todavía más de la desconfianza que os domina, tanto más simpática cuanto menos fundada. He aprovechado este momento para hacerle ver cuán grato y útil le seriais en Viena, y helogrado inspirarle un deseo vivísimo de llevaros allá. El duque me ha prometido guardaros toda la consideración que merecéis

y hacer vuestra fortuna, seguro de que hará por mí cuanto por vos haga. Está resuelto también á llevarse al señor Davou é ignoro si en él tendréis un rival ó un amigo. ¿Le conocéis? Quisiera que con nadie compartirais la confianza que el señor duque os destina y también quisiera no faltar á mi palabra.

Tal es el estado actual de cosas. Si, como yo, pensáis en vuestros intereses, si sois prudente, si pesáis las consecuencias de la situación en que estáis; en una palabra, si vais á Viena, es necesario que vengáis cuanto antes á Paris para informaros bien de los tratados de paz. El señor duque me ha encargado que os diga que no estaba mejor instruido que vos cuando fué nombrado embajador, y yo os aseguro que en un mes sabréis de estos asuntos tanto como él. Es, además, importantísimo que os encontréis aquí cuando el señor embajador haya recibido sus instrucciones, no sea que si á alguien se las comunica vaya á acostumbrarse á depositar en otra persona su confianza, la cual anhelo que sea por completo para vos. Todo depende de los comienzos en estos asuntos. Á más de esto, precisa que pongáis orden en vuestras cosas, y si no antepusiera siempre vuestro interés al mío, os diría que quiero pasar algún tiempo con vos, puesto que estaré ocho meses enteros sin veros. Os aconsejo que vendáis el manuscrito del abate Chaulieu ó que abandonéis el proyecto de publicarlo. Ya sabéis que los negocios pequeños son las víctimas que hay que sacrificar siempre á las miras importantes.

Por último, de vos depende el decidiros. Hice por vos lo que haría por mi hermano, por mi hijo, por mi mismo.

Todo queda claramente explicado; á vos corresponde el decidiros, y esta será la última palabra que os escriba sobre el asunto.

AL SEÑOR THIRIOT

EN LA RIVIÈRE-BOURDET

Octubre 1724.

Vuestras irresoluciones me han ocasionado un pequeño trastorno. Hicisteis que diera dos ó tres palabras distintas al señor de Richelieu, quien ha creído que pretendía burlarme de él. Todo os lo perdono sinceramente, puesto que os quedáis en nuestra compañía. Mucho violentaba mis sentimientos cuando quería privarme de veros en provecho de vuestra fortuna. Vuestra dicha me hubiera costado la mia; pero ya me habia resignado á pesar mio, porque toda mi vida pensaré que hay que olvidarse á sí mismo para pensar en los intereses de los amigos verdaderos. Si el mismo móvil de amistad que me forzaba á que fuerais á Viena os impide el ir, y si además estáis contento con vuestra suerte, también yo en este caso me siento contento, y nada tengo que desear si no es la salud. Dícenme que cuando haya pasado un año de mis viruelas me encontraré bien; pero entre tanto estoy peor que nunca. En el estado en que me encuentro me es imposible salir de Paris. Mi vida se desliza en mi casita; aquí estoy solo casi siempre, aquí dulcifico mis males con un trabajo que me entretiene sin fatigarme, y gracias á la paciencia con que los soporto. El otro día me atreví á ir al teatro para ver la comedia del Pasado, del Presente y del Porvenir, cuyo autor es Legrand. La cosa no vale un pito, pero gustará porque hay en ellas danzantes y criaturas. Nunca estuvo la comedia tan á la moda. El público se divierte tanto con la compañía pe-

queña que se quedó en París, como el rey se aburre con la grande que está en Fontainebleau.

Insinuat á la señora de Bernières que debiera escribirme. Bien sé que al fin todos llegan á cansarse de tener un amigo como yo, á quien siempre hay que andar consolando. Insensiblemente va cansándose la gente; y no me sorprendería, por consiguiente, el que, á la larga, la amistad de la señora de Bernières se debilitase para mí; pero decidle que yo soy más suyo que lo que pudiera serlo un hombre más santo que yo, y que para este invierno la prometo salud y alegría.

Por aquí no hay nuevas ninguna; mas para san Martín creo que en París las habrá más.

AL SEÑOR DE CIDEVILLE

MAGISTRADO EN EL PARLAMENTO DE RUÁN

¿Cuán miserable no será la situación á que me veo reducido para no poder contestar sino en mala prosa á los lindos versos que me enviáis? Los sufrimientos que me tienen postrado no me dejan un momento de sosiego y apenas si dispongo de fuerzas para escribiros *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt*. Me tomáis la delantera, mi querido Cideville; pero si alguna vez la salud me acompaña, os prometo que recibiréis epístolas en verso. La amistad y el afecto me las dictarán y suplirán al escaso numen poético de que antaño disponía y que me abandonó para acogerse á vos. Adiós, querido amigo; mi difunta musa saluda humildísimamente á la vuestra. Culpad á la enfermedad si os escribo tan poca cosa y si tan mal expreso la cariñosa amistad que os tributo. Saludo á las buenas gentes que quieran acordarse de mí.

AL SEÑOR ABATE NADAL

(CON EL SEUDÓNIMO DE THYRIOT.)

París, 20 de marzo de 1725.

Señor, todo el mundo admira la grandeza de vuestro ánimo, que no pueden quebrantar sino los injustos silbidos con que la cábala del público os oprime hace cuarenta años. Para castigar á este público sedicioso habéis hecho representar á la vez vuestra *Mariamne* y puesto á la venta vuestro libro de las *Vestales*, y, por último, habéis dado á la estampa una tragedia.

Acabo de leer el prólogo de esta obra inimitable; en él decís muchas cosas buenas de vos, y muchas malas del señor Voltaire y de mí. Me encanta el veros tan equitativo y modesto, y esto es precisamente lo que me impulsa á escribiros con sinceridad y confianza.

Acusáis á monsieur Voltaire de haber hecho naufragar vuestra tragedia con *una intriga horrible y escandalosa*. Todo el mundo es de vuestro parecer, señor; nadie ignora que Voltaire ha seducido el ingenio de París, con el fin de haceros objeto de sus burlas en la primera representación y para impedir al público el volver á la segunda. Merced á estas cábalas é intrigas se oye decir *escandalosamente* que sois el peor versificador del siglo en que vivimos y el escritor más soporífero. Él es también quien hizo fracasar vuestras *Vestales*, vuestros *Macabeos*, vuestro *Saúl* y vuestro *Herodes*. Preciso es confesar que M. Voltaire es un hombre bien perverso, y que no vais descaminado al compararle con Nerón, como lo hacéis tan acertadamente en vuestro hermoso prólogo.

Algunas personas pudieran acaso decirnos que el recurso de los malos poetas, señor abate, fué siempre quejarse de la cábala; que Pradón, vuestro antecesor, acusaba á Racine de haber hecho fracasar su, *Fedra* y que Debrie, á quien se dice que en todo os asemejáis tan á maravilla,

Pour disculper ses œuvres insipides,
En accusait et le froid et le chaud:
Le froid, dit-il, fit choir mes *Héraclides*,
Et la chaleur fit tomber mon *Lourdaud*.
Mais le public, qui n'est point en défaut,
Et dont le sens s'accorde avec de nôtre,
Dit à cela: Taisez-vous, grand nigaud;
C'est le froid seul qui fait choir l'un et l'autre.

Podría añadirse que nadie es capaz de disponer de autoridad bastante para impedir que al público le guste una tragedia, y que sólo el autor tiene en su mano ese recurso; pero yo supongo que no haréis caso de estos diabólicos razonamientos.

Hasta se dice que no es ésta la vez primera que hacéis imprimir prólogos llenos de injurias á la cabeza de vuestras tragedias silbadas. Recuerdan algunos curiosos que, habrádos años, achacasteis á M. de La Motte y á sus amigos la caída de un cierto *Antioco*, y que acusasteis á la señorita Lecouvreur, que representaba el primer papel, de haberlo hecho mal una sola vez en su vida, temiendo que fuerais aplaudido una sola vez en la vuestra.

Verdad es, sin embargo, y de ello soy testigo, que en la primera representación de vuestra *Mariamne* hubo una cábala en el patio, y la componían varias personas distinguidas, de entre vuestros amigos, quienes por veinte sueldos por cabeza habían ido allí á aplaudiros; y hasta uno de ellos ofrecía billetes gratuitos á todo el mundo; pero algunos de sus partidarios, des-

graciadamente aburridos de vuestra obra, devolvían el dinero á la vista de todos, diciendo: « queremos mejor pagar y silbar como los demás ».

Os hago gracia de mil pequeños detalles de este género, y me apresuro á contestar á las amabilidades relativas á mí que habéis escrito.

Decís que estoy intimamente ligado con M. de Voltaire, y precisamente por ahí cai en la cuenta de que se trataba de mí. Sí, señor, estoy cabalmente á sus órdenes por afección, amistad y reconocimiento.

Decís que recito frecuentemente sus versos; ésta es, señor abate, la diferencia que debe existir entre los amigos de M. de Voltaire y los vuestros, si los tenéis.

Me llamáis fabricante de ingenio; nada tengo de ello, os lo juro: sólo escribo en prosa, en las ocasiones apremiantes, y nunca en verso; todo el mundo sabe que yo no soy poeta, como tampoco lo sois vos, mi querido abate.

Me echáis en cara el comunicar á M. de Voltaire los públicos pareceres: reconozco participarle con sinceridad cabal las críticas que oigo hacer de sus obras, porque sé que gusta de corregirse, y sé además que á las sátiras injustas sólo con el silencio responde, como felizmente tenéis ocasión de ver; ante las buenas críticas se inclina con entera docilidad.

Creo, pues, procurarle un servicio verdadero, no ocultándole nada de cuanto se dice de sus producciones; y estoy convencido de que así debe procederse con todos los autores razonables; quiero caritativamente hacer aquí en vuestro beneficio lo que siempre acostumbro á hacer por afección y amistad hacia él.

Nada os ocultaré, por consiguiente, de cuanto oí decir de vos durante la representación de *Mariamne*. En ella todo el mundo reconoció vuestro estilo; y algunos

bromistas de mala indole, recordando que erais el autor de los *Macabeos*, *Herodes* y *Saúl*, decian que habiais puesto en versos burlescos el *Antiguo Testamento* lo cual es en verdad horrible y escandaloso.

Algunos se veían, que habiendo advertido la gente que llevasteis al teatro para aplaudiros y los arqueros que habiais puesto de centinela en las butacas, donde se veían obligados á oír vuestros versos, decian :

Pauvre Nadal, á quoi bon tant de peine ?
Tu seras bien sifflé sans tout cela.

Otros citaban las sátiras de Rousseau, en las cuales ocupáis tan dignamente el lugar del abate Pic.

En fin, señor, grandes y chicos, todos os cargaban de ridículo ; y yo, que soy bondadoso por naturaleza, sentía verdadero dolor viendo á un sacerdote anciano tan indignamente cubierto de vilipendio por la multitud. Os compadezco todavía, á pesar de las injurias que me lanzáis, y hasta á pesar de vuestra obra, y os asegura que con la parte más óptima de mi corazón, vuestro de todas veras,

TIRIOT ¹.

A LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Paris, 23 de julio de 1725.

Una balumba de negocios se me ha echado encima desde la última carta que os envié. El menos importante de todos es el proceso que emprendo de nuevo contra el testamento de mi padre. Los malos ratos que á diario experimento, me quitarán presto la poca salud

1. Voltaire escribió *Tiriot* el nombre de *Thiriot* ó *Thieriot*, suamigo de la infancia.

que la esperanza de veros me había devuelto. Aquí llevo una vida infernal mientras Thiriot y vos parecéis vivir ahí en el sosiego de los campos, gozando de paradisiaca calma. Ya no hay probabilidad de que yo vuelva á ver la Rivière-Bourdet. La suerte está jugada; ya no hay tranquilidad para mí hasta que la impresión de *Enrique IV* haya acabado. No necesito deciros cuán dolorosa es la situación en que me encuentro. No os contraría tanto el vivir sin mí que yo pueda mostraros hasta dónde llega mi aflicción. Solamente exijo de vos, que me hagáis un favor insignificante en vuestra villa de Ruán. Uno de vuestros tipógrafos impresores ha impreso *Mariamne* poco ha; aquí á la vista tengo un ejemplar. Si por medio de Thiriot pudiera yo saber cuál es el Gutenberg que me jugó esta mala partida, haria al punto recoger los ejemplares; él mejor que nadie puede informarse del asunto, y no le escribo para rogárselo, porque considero que es lo mismo escribir á vos que á él; además, y en verdad sea dicho, no dispongo de un momento siquiera. Que perdone, pues, mi negligencia, y que cuando vaya á Ruán tenga la bondad de sacar á la superficie al bribón que se apropió mi *Mariamne*. Está plagado de faltas groseras y de versos que yo no compuse; siento en este momento la santa cólera del padre que ve á sus hijos maltratados, y esta dicha me obliga á dar á la imprenta mi *Mariamne* antes de lo que yo pensara y en una época muy poco propicia. Lluéven versos en Paris. El señor de Lamotte quiere á todo trance hacer representar su *Edipo*: Fontenelle compone comedias á diario. Todo el mundo elabora poemas épicos, y yo los puse de moda como Langlée acreditó los faralaes. Por si queréis saber novedades, ahí van unas cuantas: los señores eclesiásticos se oponen á pagar el quincuagési-

mo, y yo imagino que sobre este particular la nobleza y el tercer estado pudieran muy bien pensar lo mismo. Todas las damas de palacio se van mañana, menos la señora mariscal de Villars, á quien detiene una hemorragia. La señora de Prie se adelantó con la de Tallard y antes de partir me dió una orden para el portero de su casa de Fontainebleau, donde me reservan un domicilio para el otoño próximo. Veré la boda de la reina y haré versos para ella si es que vale la pena el que los componga. De mejor gana los escribiría para vos, si os dignáis quererme. Veo que el papel se acaba. Adiós, os quiero con todo mi corazón.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

París, en el teatro de la Comedia, á 20 de agosto de 1725.

Hace un mes que vivo rodeado de procuradores, charlatanes, impresores y comediantes. Todos los días quería escribiros, pero no encontraba el momento de hacerlo. En este instante me refugio en un cuarto de comedianta para entregarme al placer de conversar con vos mientras representan *Mariamne* y el *Indiscreto* por segunda vez. Esta piececilla fué representada anteayer sábado, con bastante éxito; pero me pareció advertir que los palcos estaban todavía más animados que las butacas. Dancourt y Legrand han acostumbrado *al parterre* al bajo cómico y á las chavacanerías, é insensiblemente el público ha incurrido en el error de creer que las obrillas en un acto no deben ser sino farsas llenas de porquerías y no comedias nobles, en que las costumbres sean respetadas. El pueblo no se conforma cuando sólo el espíritu se mueve á

risa; es menester hacerle reír á carcajadas, y es más difícil encaminalle á gustar las gracias delicadas que os equívocos insípidos, y á preferir Versalles á la calle de San Dionisio. Por fin *Mariamne* se imprimió como yo quise, al cabo de tres ediciones subrepticias que sin interrupción aparecieron.

¡Ay mi querida presidenta! el mal humor no me abandona, á pesar de todas estas menudencias, por encontrarme solo en mi cuarto, viendo que vivís á treinta leguas del lugar en que yo me encuentro. Debéis de hallaros en el país de la abundancia. El señor abate de Amfreville, con un vientre de arzobispo y su rostro de querubín, se asemeja bastante al rey de ese país. Yo imagino que celebráis cenas regocijadas; que la fantasía viva y fecunda de la señora du Deffand, y lo mismo la del abate de Amfreville, procuran agradables ratos á nuestro amigo Thiriot, y que, en fin, todos vuestros momentos son regalados. El caballero Desalleurs ¿está todavía en vuestra compañía? Me dijo que ahí permanecerá mientras con ello encontrara placer; por eso creo que permanecerá mucho tiempo.

Adiós, pronto saldré para Fontainebleau; reservadme siempre toda vuestra amistad. Adiós, adiós.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Fontainebleau, viernes, 17 de septiembre de 1725.

Mientras Luis XV y Maria Sofia Felicidad de Polonia estén en la comedia italiana acompañados de toda la corte, yo, que nada gusto de los cómicos extranjeros y que os quiero con todo mi corazón, me encierro en mi cuarto para notificaros las cosas que por aquí se cuentan y que acaso deseáis saber. El señor de La Vri-

llière acaba de morir en Fontainebleau la noche pasada, y el señor mariscal de Grammont ha muerto en Paris en el mismo instante. Ambos eligieron mal el momento de ausentarse, pues en medio de todo este tumulto que la boda del rey promueve, su muerte pasará como inadvertida.

La carretela del señor príncipe de Conti derribó días pasados al pobre Martinot, relojero del rey, que fué aplastado y murió en el acto. No se hará más caso de la muerte de los señores de La Vrillière y de Grammont que de la de Martinot, á no ser que alguien se atreva á solicitar, á pesar del derecho de sucesión, el puesto de secretario de Estado y el de coronel de guardias. Mientras tanto, todos los medios se ponen en juego para regocijar á la reina.

Ésta pone muy buena cara, aun cuando la suya no sea del todo bonita. Todo el mundo está por aquí encantado de su virtud y cortesanía. Lo primero que hizo fué distribuir á las princesas y á las damas de palacio cuantas riquísimas bagatelas llaman canastilla, que consistía en joyas de todas suertes, excepto diamantes. Cuando vió el cofrecillo en que todo estaba acomodado: «Ésta es la vez primera de mi vida, dijo, en que me fué dable hacer presentes.» El día de la boda se puso un poco de colorete, lo estrictamente necesario para no parecer pálida, y se desvaneció unos cuantos segundos en la capilla, mas solamente por bien parecer. El mismo día hubo función en el teatro. Yo había aderezado un jugueteillo que el señor de Mortemart no quiso poner en escena, y en su lugar representaron *Anfitrión* y *Le Médecin malgré lui*, lo cual no pareció muy á propósito. Después de la cena hubo fuegos de artificio con muchos cohetes y escasa invención y variedad. Por lo demás, aquí hay un ruido, un estrépi-

to y un tumulto espantosos. Muy bien me guardaré en estos primeros días de confusión de hacerme presentar á la reina; aguardaré á que el gentío se aclare y á que Su Majestad se haya tranquilizado del aturdimiento que toda esta gresca debe necesariamente ocasionarla. Sólo entonces trataré de que pongan en escena *Edipo* y *Mariamne* ante su real persona, y le dedicaré ambas obras: ya puso en mi conocimiento que verá gustosísima el que yo me permita esa libertad. El rey y la reina de Polonia (aquí no conocemos ya al rey Augusto), me pidieron el poema de Enrique IV, del cual oyó la reina hablar con algún elogio; pero aquí no hay que apresurarse en nada ni por nada. Muy luego la reina se encontrará cansada con las arengas de las compañías soberanas: sería demasiado, por consiguiénte, suministrarla versos y prosa á un tiempo mismo. Prefiero que Su Majestad se aburra con el concurso del Parlamento y el tribunal de Cuentas, antes que con el mío.

Vos, que sois reina de la Rivière, decidme, os lo ruego, si estáis siempre tan contenta en vuestro reino. Yo os aseguro que en lo hondo de mi corazón prefiero á ésta vuestra corte, sobre todo desde que de ella son ornato la señora du Deffand y el señor abate de Amfreville. Os quiero cariñosamente y os envío mil abrazos. Adiós.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Fontainebleau, 8 de octubre de 1725.

Acabo de recibir una carta sin fecha de nuestro amigo Thiriót, en la cual me participa que habéis estado enferma, sin especificarme el tiempo que vuestra enfermedad ha durado. Os aseguro que para mí es una des-

dicha el no haber podido hallarme ahí al lado vuestro. Lo que tan falsamente llaman placeres de la corte no vale la satisfacción de consolar á los propios amigos. Vivid segura de que para mi es más dulce compartir vuestros dolores que hacer la corte aquí á nuestra nueva reina. He dejado pasar algún tiempo sin escribiros porque ahora no tengo minuto mío. Ha sido preciso poner en escena *Edipo*, *Mariamne* y el *Indiscreto*. He pasado algunos días en Belebat, con la señora de Prie. Por lo demás, vime casi siempre en el aire, maldiciendo la vida cortesana, corriendo inútilmente tras una insignificantemente fortuna que parecía presentármese y que huía pronto desde que creía atraparla, se desvanecía, echándoos á diario de menos, á vuestros amigos y vuestras tierras, con mal humor y sin osar mostrarlo, viendo hartas ridiculeces y sin atreverme á decirlas, no mal hallado junto á la reina, maravillosamente con la señora duquesa de Prie, y todo, en suma, sólo provechoso para perder mi tiempo y alejarme de vuestra compañía. En este momento voy á buscar al señor de Gervasi, y si es que se encamina á la Rivière-Bourdet, envidiaré singularmente su destino. De antemano os advierto, mi querida reina, que el señor Gervasi y todos los médicos de la Facultad reunidos os serán inútiles si no observáis un régimen exacto con el cual podáis prescindir de ellos á maravilla. Poned la mano en vuestra conciencia y reconoceréis que alguna vez fuisteis un poco golosa. Éste es un vicio feo al cual os he visto muy entregada.

Thiriot me dice que vuestro maldito reumatismo tomó las de Villadiego. ¿No os dejó ninguna huella? ¿Vuestra vista ha sufrido mucho? ¿Os halláis completamente curada? ¿Por qué echarme á un lado hasta el extremo de dejarme ignorar el estado en que os

habéis encontrado, y el en que os halláis? Toda la tarde de ayer la pasé con la señora de Lusbourg ¹, quien de todo corazón os quiere, hablándole de vuestra persona; abunda en mi manera de pensar, y preferiría mucho mejor encontrarse en la Rivière que en Fontainebleau. La pobre señora se consume aquí de aburrimiento. Han quemado su casa y nadie se ocupa en indemnizarla, lo cual debe enseñar á los simples particulares á no ambicionar tanto el alojar reinas. La señora de Lusbourg pide justicia y no la alcanza; juzgad, pues, lo que sucederá á este ser mezquino, cuya estancia en estos lugares se reduce á solicitar favores. ¡Ah, señora! Aquí no me encuentro en mi elemento; apiadaos de un pobre hombre que abandonó á Rivière-Bourdet, su propia patria, por un país extraño. ¡Ah, insensato! Dentro de dos días saldré con el duque de Antin para Bellegarde, con objeto de ver al rey Estanislao, pues no hay torpeza que no se me ocurra, y de allí volveré por segunda vez á Belebat con la señora de Prie. Mis asuntos, para esta época, se habrán resuelto ó habrán fracasado. Ya no os prometo volver á la Rivière; ¿pero os sorprendería mucho si me viérais llegar en los primeros días de noviembre? Os juro que nunca tuve tantos deseos de veros. En vos pienso en medio de las ocupaciones, inquietudes, temores y esperanzas que en este país trastornan á todo el mundo; pero vos me arrinconáis en medio de vuestro vagar, y tenéis razón: cuando se vive junto á la señora du Deffand y al lado del señor abate de Amfreville, á nadie se deja de olvidar. Les reitero mis respetos humildísimos é igualmente al dueño de la casa. Adiós, mi querida reina; contad toda la vida con mi amistad respetuosa y cariñosa.

1. Es sin duda la condesa de Lutzelbourg.

AL SEÑOR THIRIOT

Fontainebleau, 17 de octubre de 1725.

Todavía más que *Mariamne*, mi buen Thiriot, soy merecedor de vuestras críticas. Un hombre que permanece en la corte, en vez de vivir con vos, es el más condenable de los humanos, ó más bien el humano más digno de compasión. Cometí la torpeza de abandonar mis inclinaciones y mis amigos por las humaredas de la corte, á cambio de fantásticas esperanzas. Sobre este tema acabo de pergeñar una larga jeremiada con destino á la señora de Bernières. Debierais haberme informado con mayor urgencia del estado de su salud; espero que reparéis este descuido escribiéndome con frecuencia y, sobre todo, impidiéndole comer mucho.

Á la verdad, mi querido Thiriot, si la señora de Bernières quiere seguir un régimen metódico, estoy seguro del mejoramiento inmediato de su salud. Haced penetrar esta idea en su cabeza, y que renuncie á la glotonería y á la medicina; yo la abandoné totalmente y me encuentro bien hallado. Si logro prescindir de golosinas y azúcares, como me desposeí de Gervasi, Helvecio y de Silva, muy luego me veré tan gordo como vos.

Aquí he visto unos instantes al caballero Desalleurs que vino á hacer su guardia, dejándonos al momento. Como yo no estaba muy bien en esos días, apenas si tuve lugar de pedirle nuevas de la Rivière, y se me escapó como un relámpago. Decidme si sigue aún en vuestra compañía y si goza de la tranquila beatitud en que vivís hace tres meses.

De la reina obtuve excelente acogida; lloró viendo

Mariamne y rió viendo *El Indiscreto*; me habla con mucha frecuencia y me llama *mon pauvre Voltaire*. Un tonto se contentaría con estas cosas; mas desgraciadamente yo razono con demasiada solidez para no echar de ver que las alabanzas significan harto poco, y que al papel de un poeta en la corte acompaña siempre algún tanto de ridículo, y que no es lícito vivir en este país sin ocupar algún puesto. Todos los días me dan esperanzas, que á la verdad apenas me engordan nada. No acertaríais á pensar, mi querido Thiriot, cuán harto estoy de mi vida de cortesano. *Enrique IV* se ve torpemente sacrificado en la corte de Luis XV, y yo lloro los instantes que le robo. La pobre criatura debiera ver la luz en cuarto, con buen papel, rica margen y hermosos caracteres, y seguramente la verá el mundo este invierno, ocurra lo que ocurriere. Creo yo que hallaréis esta obra diversamente trabajada que *Mariamne*. La épica es mi fuerte, ó mucho me engaño, y entiendo que muy más á gusto se camina por la senda donde se tiene por rival á un Chapelain, á un La Motte y á un Saint-Didier, que en la que precisa igualar á un Racine ó Corneille. Diríase que todos los poetas del universo mundo se dieron cita en Fontainebleau. Saint-Didier presentó á la reina su *Clodoveo* acompañado de una epístola en verso, compuesta por el estilo de la obra. Roi viene á proponer sus danzas. Todos los días asesinan á la pobre señora con odas pindáricas, sonetos, epístolas y epitalamios. Imagino que ha tomado á los poetas por los locos de la corte, y si tal hizo no le falta razón, pues es para un literato locura grande el hallarse aquí, en atención á que ni procura placer ni tampoco lo recibe. ¿Sabéis que el señor duque de Nevers se batió con el conde de Brancas en la sala de guardias de la reina de España? Á esto se reducen cuantas noticias